

FLORES DEL MANZANO, Fernando: *La vida tradicional en el Valle del Jerte* (Mérida: Asamblea de Extremadura, 1992), 319 pp. + Bibliografía. Fotografías.

Hace ya más de un lustro que la Asamblea de Extremadura se ha convertido en la institución, pública o privada, que realiza la labor más seria y sistemática dirigida al conocimiento y difusión de la cultura extremeña; las actuaciones del Consejo Asesor de Antropología y Folklore de este parlamento autónomo, alguna de las cuales ya ha sido recogida en estas páginas¹, pero muy especialmente los premios Matías Ramón Martínez y las becas Luis Romero Espinosa, están contribuyendo a una mayor profundización en el estudio sobre la Antropología cultural de Extremadura. Precisamente el mencionado premio, en su cuarta edición, le correspondió *ex aequo* a la obra que nos proponemos reseñar, y podemos decir que se trata de un galardón concedido no sólo al trabajo en sí —que creemos lo merece—, sino también a toda una trayectoria científica del autor, que durante años se ha dedicado a la investigación etnográfica en Extremadura y que aún tiene por delante un amplísimo campo de trabajo.

De Fernando Flores del Manzano diremos, pues, que en la actualidad es uno de los más prestigiosos investigadores de la Antropología cultural de la región, tarea que alterna con la docencia secundaria, y que le ha llevado a acumular un buen número de publicaciones en su haber². Originario del propio Valle del Jerte, Flores viene a confirmar con el presente trabajo que un nativo, si cuenta con la adecuada formación, puede efectivamente llevar a buen término un estudio científico sobre una determinada comunidad. No sólo eso, sino que el investigador puede aprovechar numerosos conocimientos que le han llegado por la vía de la enculturación y por tanto puede comprender giros lingüísticos, prácticas culturales y relaciones sociales que posiblemente pudieran escapársele al foráneo; en el caso particular de Flores, a la circunstancia de su nacimiento en la comarca que estudia se une su sólida formación de historiador, que le llevó en el pasado a la ejecución de minuciosas investigaciones en los archivos de la zona, de las que extrajo datos que ahora aprovecha y que contribuyen a aclarar no pocos aspectos y a complementar el trabajo de campo etnográfico.

El libro comienza con una justificación y defensa de la utilidad de los estudios comarcales frente a los clásicos trabajos de comunidad que hace treinta años comenzaban a ponerse de moda en nuestro país. La zona en estudio, el Valle del Jerte, es aquí contemplada como una subárea cultural que posee realmente una serie de importantes elementos comunes, especialmente el monocultivo de la cereza que supone la base de la vida económica de la comarca. A partir de esta uniformidad en el aprovechamiento agrario, aparece la organización de una mancomunidad de pueblos destinada a resolver problemas comunes y un fuerte movimiento cooperativista que trata de abarcar a todo el Valle para la regulación de los aspectos relativos al cultivo y comercialización de la cereza. No obstante, los puntos de contacto no se reducen a la economía, sino que se aprecia la ocupación de un espacio homogéneo —la cuenca del río Jerte— una orografía similar y una climatología relativamente uniforme que dan como resultado unos modos de vida bastante próximos en las distintas comunidades; a pesar de ello, es verdad que se pueden distinguir dos grandes áreas dentro del valle —la zona serrana y la de ribera— que presentan diferencias que van a condicionar numerosos aspectos de la cultura.

¹ Véase nuestra reseña publicada en *RDTP*, XLVI (1991), pp. 367-369.

² Una breve aproximación a la bibliografía de Flores del Manzano puede encontrarse en su trabajo *Los cabreros extremeños* (Mérida: Editoria Regional de Extremadura, 1991).

El trabajo pretende hacer un análisis de los más sobresalientes aspectos de lo que el autor considera la *vida tradicional* en el Valle, y por lo tanto se divide en tres grandes apartados que tratan de abarcar los capítulos clásicos que suelen abordar las monografías etnográficas. La primera parte se denomina «Las bases materiales de la vida tradicional en el Valle del Jerte», y comprende los aspectos relativos a la producción, alimentación, vestimenta y vivienda; la segunda, dedicada a la «sociedad tradicional», se refiere a la estructura de la propiedad, la división del trabajo, las migraciones, la socialización y el ciclo vital, y por último, el tercer apartado recoge lo denominado por el autor «Cultura y mentalidad tradicional», es decir, lo relativo a las fiestas, la religiosidad, creencias y supersticiones.

Tal vez la parte que encierra un mayor interés, por reflejar una mayor especificidad del Valle del Jerte, es la referida a las bases materiales para la vida. Aquí se puede seguir el proceso de abandono del tradicional policultivo de frutas y castañas hasta la actual especialización en la cereza; una enfermedad propia del castañar arruinó desde mediados del siglo XVIII el antiguo sistema de cultivos y por ello fue preciso introducir nuevas especies; a finales del siglo pasado y principios del presente el cerezo es ya un auténtico monocultivo, con todo lo que eso supone para la economía. Junto a ese aprovechamiento agrario no deja de ser destacable la vocación ganadera de la comarca, de hecho aún subsiste una importante cabaña ganadera caprina, tanto estante como trashumante, que aprovecha el pasto y el monte de las dehesas o «cuartos». Sin embargo, otros tipos de explotación silvopastoril no son importantes, salvo la existencia de una fábrica maderera.

Las comunicaciones de la comarca no han sido malas de puertas adentro, si exceptuamos los períodos invernales en que las aldeas serranas podían quedar aisladas; sin embargo, el contacto con el exterior ha estado muy limitado por la dificultad orográfica, lo que ha generado la existencia de un reducidísimo comercio con otras áreas y la perduración de unos modos de vida poco alterados. En parte debido a ese escaso tráfico de mercancías, la alimentación ha sido tradicionalmente parca y monótona, procediendo el aporte proteínico fundamentalmente del cerdo o la cabra, pero la base real de la manutención la han constituido el trigo —en forma de masa— y las hortalizas —el puchero.

En cuanto a la morfología del poblamiento, y como apuntábamos antes, está estrechamente ligada a la conformación del valle: la angostura del espacio disponible ha determinado la existencia de pueblos-calle, que se desarrollan en el mismo sentido que discurre el río, con una tipología arquitectónica en que alternan la vivienda de entramado —más abundante en el fondo del valle— con la serrana, más frecuente en las alturas, a causa de la humedad y la dureza del clima. Lógicamente, la vivienda está en función de los quehaceres agropecuarios, con una planta baja dedicada a bodega y cuadra, en la que se abre además un patio central, que sirve para faenas tales como la matanza; la entreplanta acoge los dormitorios y es utilizada también como almacén de productos del campo, desarrollándose en torno al llamado «corredor», pero es la planta alta la que concentra lo esencial de la vida cotidiana, alrededor de la cocina y su anexo la «cuyatrá», feudo del ama de casa; en esta misma planta, la sala constituye la zona noble donde se reúne el mejor mobiliario, y a ella se abre la solana salediza que sirve de secadero. La última planta «a tejavana» es almacén y granero, pero aloja también el horno doméstico.

El segundo apartado, referido a la sociedad tradicional, recoge interesante información acerca del sistema de propiedad y de trabajo. La herencia igualitaria, predominan-

te, y las roturaciones de baldíos desde el siglo XVIII han contribuido a conformar un espacio muy fragmentado, cuya unidad básica es el minifundio. Precisamente para conseguir una economía de subsistencia a partir de estas pequeñas parcelas, es por lo que se desarrolló el tradicional policultivo hoy prácticamente desaparecido; sin embargo, frente al predominante minifundismo, todavía los ayuntamientos conservan importantes dehesas boyales y ejidos, y otras sociedades por acciones, surgidas para evitar la enajenación a forasteros de los prados desamortizados, poseen también fincas adhesionadas. Sólo se documenta una forma de propiedad colectiva consuetudinaria, muy minoritaria, como es la «rebruja», una modalidad de propiedad compartida e indivisa entre dos dueños con el mismo derecho de posesión y que Flores supone procedente de herencias que en su día se prefirió no partir.

El actual sistema económico, basado en el cultivo del cerezo, asegura la subsistencia para la gran mayoría, e incluso es precisa la importación de mano de obra temporera en la época de recolección; sin embargo, el saldo migratorio en lo que va de siglo es negativo, una fuerte emigración registrada en los años cincuenta y sesenta hacia los polos industriales del país es acompañada todavía por la emigración temporera hacia faenas del campo en Francia o Cataluña o hacia los andamios de la construcción, en Madrid.

En general es apreciable una diferencia entre las poblaciones ribereñas, más prósperas, y las de montaña; esta dicotomía ha marcado la percepción del otro en la vida intercomunitaria. Por otro lado, la conflictividad entre distintas poblaciones ha estado presente hasta mediados de este siglo y permanece viva en la memoria colectiva; los enfrentamientos se han dado preferentemente entre vecinos de pueblos inmediatos, no así respecto a los más lejanos⁴. Respecto al espacio intracomunitario, pese a haberse ampliado las zonas habitadas en la mayoría de los municipios, sigue estando ritualmente delimitado por los itinerarios procesionales, que sólo discurren por los cascos históricos; desde luego, el centro neurálgico del pueblo es la plaza, el «espacio convergente, el alma de la convivencia intracomunitaria, libre y abierto». El cuadro de conflictividad intercomunitaria se repite a escala de la aldea, donde algunas familias han mantenido pleitos durante décadas, fundamentalmente a causa de los límites entre sus respectivos minifundios. El tipo predominante de familia es la nuclear de herencia repartida, sin distinción de sexo ni edad, y es frecuente la cesión del patrimonio familiar aún en vida de los padres mediante ventas simuladas para evadir al fisco; el reparto de los bienes («partijas») ha provocado las consabidas discusiones y rupturas entre hermanos, a veces agravadas por la costumbre de dar una pequeña dote («hijuela») a todos los hijos que se casan. La aparente autoridad absoluta del padre, de cara al exterior, se matiza con una auténtica matrifocalidad en el funcionamiento interno del grupo doméstico.

La segunda parte del libro, a la que nos estamos refiriendo ahora, se cierra con un capítulo que recoge las prácticas más usuales —pasadas y presentes— relativas a las distintas etapas del ciclo vital. El tercer y último apartado del estudio se inicia con las obligadas referencias al ciclo festivo, pero al establecer el autor una distinción entre las fiestas como expresión lúdica y la religiosidad popular, que es recogida más adelante, se produce una cierta reiteración de algunos elementos en ambos capítulos; esto es lo

⁴ Tal como se ha observado en muchos otros estudios de áreas comarcales; véase por ejemplo Honorio M. VELASCO MAILLO, «Mundos rurales. Un estudio sobre identificación y diferenciación entre comunidades rurales en la provincia de Madrid», *II Jornadas de Estudios sobre la provincia de Madrid* (Madrid: Diputación Provincial, 1980), pp. 309-319.

que sucede, por ejemplo, con las conocidas máscaras vallejerteñas de las fiestas del ciclo carnavalesco, el Taraballo de Navaconcejo o el Jarramplas de Piornal, que en realidad son las únicas que han sobrevivido de las múltiples manifestaciones de este tipo que aparecían por todo el Valle. También relacionada con estas máscaras, pero dentro del ciclo festivo de la primavera, está la quema del Judas en Cabezuela, interpretada estrictamente dentro del contexto cristiano de oposición a la otrora pujante comunidad hebrea de esa población. Las fiestas y sus componentes son los habituales en muchas otras comunidades españolas: la procesión del Corpus, los ritos sanjuaneros, las veraniegas fiestas patronales, etc. Destaca un acendrado gusto por las capeas y corridas de toros, tanto que Flores llega a hablar de «taurofilia» del Valle.

En cuanto a la religión, sería casi ocioso apuntar que ha marcado la vida tradicional de estas poblaciones, con la presencia de cofradías de disciplinantes (Tornavacas), mayordomías (Cabezuela), etc. Pero la más importante manifestación de esa religiosidad popular a que se refiere el autor es el culto a los Cristos crucificados que existen prácticamente en todos los pueblos de la comarca, cada uno con su leyenda y sus propiedades milagreras; junto a ellos, también la Virgen (de Peñas Albas en Cabezuela, del Viso en Barrado) y los santos patronos (San Antonio en especial) son objeto de una especial devoción por los jerteños.

Por lo que respecta al último epígrafe, destinado a creencias y supersticiones, quedan referidas en él las conocidas creencias en las propiedades curativas o profilácticas de determinadas plantas (olivo del Domingo de Ramos, tomillo o mirra del Corpus) especialmente indicadas contra las temidas tormentas en este ámbito de tradición pastoril. Otro tipo de supersticiones (influjo de la luna, aojamiento, brujas) van desapareciendo, pero permanecen vigentes en el recuerdo de los informantes de que se sirve Flores, mientras que actividades como las de los sanadores y curanderos se mantienen pujantes como alternativa a la medicina *culta*.

En definitiva, la lectura del libro resulta provechosa, amena e interesante; el autor trata de dar una visión de conjunto y esto es lo que consigue. El estudio es resultado de un trabajo de campo de años, y abarca un amplísimo ámbito de la cultura de esa comarca. Tal vez hubiera sido de mayor provecho profundizar en aspectos como la economía, la estructura de propiedad, las huellas de un pasado marcado por la ruta trashumante que cruzaba el Valle, los cambios socioeconómicos, etc., y dar algo menos de importancia a aspectos ya conocidos, por publicaciones anteriores, entre otros, de este autor, tales como las manifestaciones religiosas, el ciclo vital, etc. Pero ya decimos que, en conjunto, la obra contribuye a acercarnos a un universo cambiante como es la vida en este valle extremeño que tuvo que adaptarse a un radical cambio para conseguir la viabilidad de sus pueblos.—JUAN MANUEL VALADES SIERRA.

PERRENOUD, Arlette: *Paroles de bergers. Alpages et mayens du val de Bagnes* (Genève: Éd. Passé-Présent, 1992), 293 pp., con ilustraciones.

En el ámbito de los estudios geográficos y etnológicos sobre áreas y culturas de montaña en Europa, no es ciertamente una novedad la publicación de un libro centrado en los Alpes que aborde el fenómeno de los *alpages*, es decir, el desplazamiento del ganado —especialmente el bovino— desde los valles o laderas bajas a terrenos de